

¿Que Vida Religiosa está naciendo?

“Vosotros tenéis una gran historia que construir”

P. José María Guerrero, sj

“Si quieres, puedes ser todo fuego”.

“Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas”.
(Juan Pablo II VC110)

Estas palabras de Juan Pablo II suenan a elogio y a desafío. La historia de la Vida Religiosa está llena de páginas ilusionantes y heroicas que escribieron nuestros antepasados. No podemos ser “hijos pigmeos de padres gigantes”, decía un joven religioso, sorprendido e interpelado por la película de la Misión. Pero esa audacia e intrepidez no se agotó con los comienzos. A lo largo del tiempo, muchos hombres y mujeres de a pie se sintieron apenados al descubrir que sus Institutos y comunidades se habían opacado y que eran ya incapaces de transmitir y contagiar los valores del Reino, que ellos simbolizaban, en un lenguaje inteligible y vivenciable. La iniciativa no era de ellos, que se sentían hombres y mujeres débiles como sus contemporáneos, sino del espíritu que los arrastraba, en fidelidad creativa a sus fundadores y a su tiempo, a recrear respuestas nuevas para desafíos nuevos. No gastaron energías en conservar y retener una figura de Vida Religiosa que ya no tenía ni garra, ni mordiente evangélico que, por lo

1. Reflexión Teológica

tanto, no reencantaba, ni entusiasmaba ni seducía a nadie. Siguieron el consejo del abad José a un discípulo que le preguntaba: “Padre, ayuno un poco. Oro y medito, trato de vivir en paz en lo que de mí depende, procuro purificar mis pensamientos. ¿Qué más me falta? Entonces el abad José se puso de pie y extendió sus manos hacia el cielo. Sus dedos se volvieron como diez llamas y dijo: “Si quieres, puedes ser todo fuego”.

Los religiosos y religiosas de hoy, como nuestros antepasados que, apasionados por Jesucristo y su Reino, hicieron que su vida, en vez de apagarse, se volviera *incandescente* para que hasta los ciegos vieran, sabemos que la Vida Religiosa no la hemos inventado nosotros. Ni la dirigimos nosotros. El Espíritu es el que crea, recrea, transforma y hace nuevas todas las cosas y el que la impulsa a mantenerse siempre *fiel* y *actual* al servicio de ese Pueblo de Dios que camina, lucha, sufre y espera. Por eso ni a la Vida Religiosa, ni a la Iglesia le está permitido anquilosarse, inmovilizarse, vivir de espaldas al mundo que nos toca servir. La historia es elocuente. Cuando surge un cambio

histórico de paradigmas, aparecen procesos históricos de revitalización o de refundación. A cada época crítica de la historia en la que la persona cambia de manera de entenderse a sí misma y a entender sus relaciones con el grupo y con lo trascendente, ha correspondido una nueva forma de Vida Religiosa que fuera *significativa* para esa persona nueva.

Vivimos tiempos desconcertantes: *de incertidumbre y de esperanza*. Nos hemos adentrado en un tiempo *confuso y, al mismo tiempo, apasionante*. “Vivimos cambios culturales inesperados, vemos cómo procesos sociales y culturales radicales cambian el mundo y asistimos al nacimiento de culturas y subculturas, de símbolos y estilos de vida nuevos”¹. Esto interpela a la Vida Religiosa, la cuestiona y la impulsa a buscar una “figura histórica” *más significativa* para el hombre y la mujer de hoy. En este momento histórico, aferrarse al pasado, añorando nostálgicamente algo que nunca volverá, llega a una inevitable decadencia porque la Vida Religiosa no es ahistórica sino fechada. Si no *significa* nada, no tiene por qué existir².

¹ **CHALUCK, H.**, “Todo es posible, nada es cierto. Vocaciones religiosas en tiempos postmodernos”, en Vocaciones a la Vida Consagrada en mundo moderno y postmoderno. Il Calamo, 1999, p. 37. El Congreso Internacional de Roma (23-27 de Noviembre) del 2004 decía: “Estamos en un cambio de época, marcado por: grandes avances de la ciencias y tecnologías, incapaces todavía de resolver los grandes problemas de la humanidad; poderosos medios de comunicación, que tantas veces, colonizan los espíritus; la mundialización y globalización, que nos hace interdependientes, a la vez que atenta contra las identidades; acontecimientos (Kairoi) que nos sorprenden y desubican (“apareció entonces”...un samaritano) y que expresan que Dios es el Señor de la historia; la sed y crisis de “sentido”, para las que se ofrecen mil propuestas y promesas” en: Pasión por Cristo, pasión por la Humanidad. Ed. Claretianas, Madrid 2005, p.354.

² No pocas de las ideas o sugerencias que aquí digo, las he expuesto en diferentes conferencias y artículos.

Se le acusa a la Vida Religiosa de “insignificancia crónica” o de “infiltración del espíritu del mundo”, para unos, unas los religiosos y religiosas son unos nostálgicos; para otras personas, unos *aventureros*.

Creo que el problema de fondo es saber *si la Vida Religiosa responde o no —y cómo— a los “signos de los tiempos”* desde los que hable el Espíritu, interpe-lándonos sin cesar. La alternativa es abrirse al Espíritu siempre nuevo, creativo, rompedor de moldes... o simplemente convertirse en reliquias de un noble pasado que se admira, pero que hoy no dice nada — al hombre y mujer actual. Y si es así, *¿para qué sirve la Vida Religiosa?*³.

Y ¿cómo vamos a significar algo si nos “refugiamos en el mundo aséptico de las teorías, en la satisfacción de rotundas declaraciones, en la tranquilidad de una vida ordenada, cumplidora y entumecida, en la protección de horarios inmutables y de tapias a veces invisibles, a salvo del rumor de la vida que transita lejos de nosotros, nosotras y de las lágrimas, los gritos, las risas o esperanzas de los que

viven y mueren en las afueras de nuestro mundo”?⁴

Dolores Aleixandre se atrevió a decir, con la lucidez y la libertad que la caracterizan, ante más de 700 Generales (ellos y ellas) que “la sinceridad nos obliga a reconocer la existencia de vidas ‘a medias’, que no parecen esponjadas o felices, supeditadas al funcionamiento de las instituciones, asfixiadas por la inercia de un orden inamovible y unas tradiciones incuestionables, desabitadas en su corporeidad, con la iniciativa y la espontaneidad sofocada, raramente invitadas a pensar por sí mismas, a expresar libremente sus opiniones, sus desacuerdos, sus deseos o sus sueños. Ciertamente, habría que calificar como de “No-vida-no-religiosa” a la que produce semejanzas sujetos necrosados en un seno estéril, cuando quienes llegaron a ella venían buscando la vida en abundancia prometida por el viviente”⁵.

Una Vida Religiosa así no produce alegría contagiosa, ni fuerte atractivo, ni estimulante optimismo. No despierta gracia y simpatía y no interpela ni cautiva, ni seduce a nadie.

³ ¿No habría que rastrear por aquí la desaparición de muchos institutos a lo largo de la historia? No deja de ser significativo que el 76% de todos los grupos religiosos fundados antes del 1500 hayan desaparecido y el 64% de los que surgieron antes del 1800 ya no existan. Sobre este punto, véase: **AGUDELO ROLDÁN, M.**, la refundación. Conferencia de Religiosos de Nicaragua, 1999. El autor cita a **O’MURCHU, D.**, *The Religious life, a prophetic vision*. 1991. “Y hoy han desaparecido aproximadamente un 39% de las congregaciones masculinas fundadas hasta mediados del siglo XX”: **MARTÍNEZ, F.**, *La Frontera actual de la Vida Religiosa. Bases y desafíos de la refundación*. Paulinas. Madrid 2000, p.69.

⁴ **ALEIXANDRE, D.**, *Buscadores de pozos y caminos. Dos íconos para una Vida Religiosa samaritana, en Pasión por Cristo y pasión por la Humanidad (Congreso Internacional de Vida Consagrada. Roma 23-27 de Noviembre, 2004)*. Ed. Claretianas. Madrid 2005, p.138.

⁵ **ALEIXANDRE, D.**, ponencia citada, p. 131.

I. Algo nuevo está naciendo

“Desde hace tiempo, algo nuevo está naciendo entre nosotros y nosotras, al compás de otras realidades que mueren (obsoletas tradiciones y estilos, instituciones mortecinas). Nos afecta la agonía de lo que muere y la confianza en lo que hace.

Aunque no acabamos de ver claro aquello que el Espíritu está haciendo nacer en la Vida Consagrada, sin embargo, ya identificamos algunos brotes de novedad”⁶.

El intento de este trabajo es buscar, identificar y reflexionar sobre algunos brotes de novedad más significativos que vamos sintiendo y experimentando en nuestro corazón, incluso desde hace ya algún tiempo, ante ciertos retos que desafían a la Vida Religiosa.

Estamos convencidos que la Vida Consagrada es un don del Espíritu para la Iglesia y para el mundo. Y en este sentido tiene futuro, pero depende mucho de nosotros y nosotras, de la capacidad que tengamos para renovarla, recrearla, refundarla. Es una profecía viva de ciertos valores del Reino, que no son exclusivos de la Vida Religiosa pero que ella debería acentuarlos, y que no pueden faltar en la Iglesia, como (la misericordia, el amor gratuito y sin fronteras, el compartir en solidaridad y en comunión desde una vida sencilla, modesta y gozosa, el buscar apasionadamente la voluntad del Señor para hacer con pasión, -lo que equivale a nuestra propia felicidad-, la fraternidad cálida que

acoge, apoya, estimula y perdona...), pero estos valores de gran calidad evangélica hay que traducirlos, encarnarlos en símbolos, categorías, etc., que sean significativos para los hombres y mujeres de hoy, por ejemplo, *la pasión y compasión* que son energías del Espíritu que dan vida a nuestra misión, animando nuestra espiritualidad y dan calidad a nuestra vida.

La Vida Religiosa tiene futuro, pero ciertas formas de Vida Religiosa anacrónicas, obsoletas, anticuadas no permanecerán. Vemos, por eso, que la Vida Religiosa está en crisis, (“crisis de revitalización”) y ha iniciado un proceso de re-creación o, más expresivamente, de “re-fundación” bien entendida⁷. Esto no significa que inventemos una Vida Religiosa nueva (no ha empezado con nosotros, nosotras). El pasado tuvo su grandeza y ahí están tantos santos para atestiguarlo, pero vivimos tiempos nuevos que nos exigen no repetir el pasado sino mirar el futuro. Y *ya vemos que está surgiendo algo nuevo*. Creemos que el futuro de la Vida Religiosa está en las manos de Dios, pero también depende de nuestra respuesta lúcida, creativa y coherente a las llamadas que nos hace el Espíritu. Hay que abrirse y ser dóciles a ellos por inéditos que sean. Como decía el Documento de Trabajo del Congreso de Roma: “La Vida Consagrada necesita una radical revitalización que le de una nueva fisonomía” (n.12).

Por lo tanto, **la Vida Religiosa tiene futuro** pero en la medida que sea *testimonial* y

⁶ Congreso Internacional de Roma, 2004, o.c. pp. 355-356.

⁷ **GUERRERO, J. M.**, Para vino nuevo, odres nuevos. Obra Nacional de la Buena Prensa. México, 2ª ed., 2002, pp. 19-27.

significativa y nos abramos a los cambios y con fidelidad creativa seamos capaces de descubrir las raíces de nuestros carismas y replantarlas en el humus nuevo de nuestro tiempo. Estamos convencidos y convencidas que este don del Espíritu continuará vivo en la Iglesia, pero nos exigirá vivirlo con radicalidad y sin protagonismos, en comunión y complementariedad y no en solitario, en apertura y disponibilidad, sin miedos y rigideces, y, sobre todo, muy atentos al Espíritu que “sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adonde va” (Jn. 3,8).

1. Ebrios de técnica, de éxito y de eficacia, pero anoréxicos de Dios

El hombre y la mujer de hoy viven encandilados por los avances de las ciencias, por las posibilidades asombrosas de comunicación... de éxito, de eficacia. Para ellos vale todo lo que pueda contar, tocar, controlar. Por eso no se cotiza a Dios en los mercados del mundo. Esta sociedad intenta vivir como *si Dios no existiera* (D. Bonhoeffer), fabrican ídolos seductores (consumismo, hedonismo, individualismo invasor, exitismo...) y quieren edificarse de espaldas los desheredados de la tierra. Pero el hecho es que toda técnica del mundo no puede secar una lágrima necesaria, una carencia afectiva o una necesidad del sentido último de la vida. Y, sin embargo, al mismo tiempo, se va sintiendo un vacío depresivo, un sin sentido de la vida, un achataamiento del horizonte, y una falta de la felicidad que se está haciendo crónica, aunque se disimule o se trate de olvidar

con ciertos momentos de jolgorio fugaz, rodeado de trivialidades en un clima artificial de felicidad, de espectáculos distractivos y mundanidades pasajeras.

¿Cuál es entonces nuestro aporte a este mundo nuestro? Dios es el Señor de la historia.

1.1. Ser recuerdo provocativo de Jesús

Tenemos que ser un llamado profético de la *soberanía de Dios que no tolera ídolos ni injusticias*. No es extraño entonces que la Vida Religiosa más lúdica y comprometida sienta una sed de Dios vivo que le da sentido y que es su única razón de ser, convirtiendo a los religiosos y religiosas en testigos de la misericordia y ternura de Dios y de un servicio al hermano, hermana sin condiciones ni restricciones, es decir del *sentido-de-la-vida* que hoy se manifiesta en una *experiencia fascinante del Dios encarnado*. Este encuentro cara a cara con Él debería dejar nuestro rostro radiante, como le pasó a Moisés, por haber hablado con Yahvé” (Ex, 34, 29). Este exponernos a su Espíritu nos cambia el corazón, nos saca de nuestros desencantos, de nuestras frustraciones y de nuestros egoísmos, es decir de nosotros mismos y nosotras mismas, nos lanza a los y las demás y nos conduce hacia la unidad del ser y del hacer, de lo personal y lo comunitario. Esta es nuestra oferta al mundo: *ser un recuerdo provocativo de Jesús que sobrecoge, cautiva y entusiasma* y que es capaz de darle sentido último a la vida y descubrimos la verdadera felicidad que nadie nos puede arrebatar, indicándonos el camino.

Para eso los religiosos y las religiosas, como nos recordaba el Congreso de Roma, tenemos que poner en el corazón

1. Reflexión Teológica

de nuestra parte un amor apasionado por Jesucristo y por la humanidad, que se siente herida y medio muerta, excluida y empobrecida, sin hogar, violentada e insegura, enferma y hambrienta. Necesitamos vivir una profunda experiencia de Dios como *experiencia fundante*, expresada en una convivencia cordial, sencilla, transparente y leal, en una palabra, fraterna y en una misión para dar vida y acelerar la venida del Reino que nos haga exclamar, como a San Pablo: ¡Ay de mí si no evangelizar"! (1Cor 9,16).

Sin esta experiencia teologal, cada vez más exigente y gratificante, la Vida Consagrada se convierte en carga pesada, en un martirio sin gloria, en una sucesión meramente ritualista de comportamientos y palabras vacías o degenera en una simple profesión.

Estamos expuestos a que los compromisos nos ahoguen, a que perdamos el sentido verdadero de la *misión*, absolutizando el trabajo *como profesión*. "Hacer cosas", estar muy ocupados...nos hace sentirnos importantes y nos da prestigio ante nosotros, nosotras y ante los, las demás. Como dijo Pedro Belderrain, en el Encuentro de Vida Religiosa en España, el 12 de Noviembre último:" en la Vida Religiosa hoy... muchos, muchas pasamos la vida corriendo, no tenemos espacios de descanso, hacemos piruetas y equilibrios para poder dedicarnos serenamente unos días (iluso, dirá alguno) al retiro, a la oración reposada que permite profundizar... "Y para trabajar tanto y hacer todo eso ¿hace falta ser religioso, religiosa? Estoy de acuerdo

con Pedro que "quizá es hora de pararse mucho más, suavizar los ritos, humanizar la vida, gozarla, contemplar mucho más, escuchar más. Sintetizando: con frecuencia preguntamos qué tenemos que hacer. Es fácil que hoy el Espíritu Santo nos esté diciendo que tenemos que hacer menos; que tenemos que dejar de hacer para hacer mejor y para que El haga; que hay que descargar las agendas de actividades para poder llevarlas adelante con serenidad y calidad, para orar con más calma e intensidad, para que la gente nos encuentre alguna vez más accesibles y sin prisa, no siempre corriendo para servirles pero sin tener tiempo para ellos".

En resumidas cuentas, el peligro es que funcionemos bien, pero que el sentido profético, simbólico y escatológico de nuestra Vida Religiosa sea irrelevante, carezca de significabilidad.

Sin una *pasión por Cristo que siente pasión por la humanidad* no damos un solo paso en nuestra Vida Consagrada. Si no somos capaces de vivir un talante alternativo⁸ y, por lo tanto, "contracultural", si la vida consagrada consiente que se domestique su función profética, si se desdibuja su talante simbólico, si pierde su garra escatológica, si no aligera sus estructuras, a veces, tan pesadas que pueden asemejarse a la armadura de los caballeros de la edad media que casi no les permitía moverse, si no afina su sensibilidad frente a los jóvenes, si no se atreve a ser pionera en la defensa del rol y misión de la mujer en la Iglesia y en el mundo, sino decide meterse en la caravana de este pueblo

⁸ Ver mi artículo: Lo que se ha vivido en el Congreso en **TESTIMONIO 208** (2005) 24.

peregrino para acompañarlo sin protagonismo de ninguna especie desde una vida humilde, sencilla y modesta, el futuro de la Vida Consagrada será no tener futuro.

1.2. ¿Qué es lo que la sociedad espera y proclama de la Vida Religiosa?

Lo que sentía en el Congreso, lo que se palpaba era un no más a la instalación y el aburguesamiento, un no más a la mediocridad y al desencanto, un no más a la pasividad, al conformismo y al miedo, un no más a la Vida Consagrada “descafeinada”, un no más a “funcionarios de la Iglesia” e incluso del Evangelio, un no más a “empresarios apostólicos” y “profesionales honrados”, ni a simples “sociólogos que luchan por la justicia” y menos aún a escándalos morales que puedan satisfacer la voracidad periodista de ciertos medios de comunicación.

¿Estamos tomando los religiosos y religiosas en serio el “vivir como vivió Jesucristo”? en este eje se movió el Congreso: “Pasión por Cristo y pasión por la Humanidad”, es decir, partir de una *experiencia originante*, que alimenta, por iluminación interior, la pasión y enciende *adhesión-convicción*, como necesidad de actuar mediante experiencias activas sobre el mundo.

“Al moverse sobre este eje el Congreso sobre la Vida Religiosa, está implícitamente diagnosticando el verdadero problema hoy de la Iglesia. No es de carrocería, de accesorios, de equipamiento, de diseño aerodinámico, de nuevos modelos..., sino de

motor, de responsabilidad personal, de revisión de sistemas internos de formación para la madurez cristiana, para la libertad de los hijos e hijas de Dios... se trata de un problema de pasión-convicción personal, que no ha de simplificarse como problema generacional o cultural, sino que ha de centrarse en la conciencia y la voluntariedad con que, tanto jóvenes como mayores, nos estamos tomando en serio el bautismo: “vivir como vivió Jesucristo”. Es, en definitiva, —no conduce a nada hacerse el distraído y mirar para otro lado—, de un problema de debilitación motivacional bastante generalizada”⁹.

Todos sentíamos, en el Congreso, el grito de una sociedad que espera y reclama de la Vida Consagrada que seamos testigos de Jesucristo con una vida de pobreza que no necesite muchas explicaciones, con una vida célibe por el Reino que nos haga cálidos, integrados, armoniosos, disponibles y alegres, con una vida de obediencia que nos haga libres y no esclavos de nadie ni de nada y que nos comprometa a buscar y vivir no nuestros caprichos y anarquías, sino el sueño de Dios para cada una y cada uno de nosotros, que es el que nos hará felices con una vida comunitaria que interpele, atraiga y seduzca a todos y todas los y las que aspiran a salir de un ambiente achatado, egoísta, e insolidario y ansían vivir el mandamiento del Señor (cfr. Jn 13,34) y finalmente con una misión apasionante por la osadía y el compromiso de trabajar en lo fronterizo, lo marginal, lo liminal y, sobre todo a favor de todo

⁹ IGLESIAS, I., Otra Vida Religiosa ¿es posible? (Desde el Congreso de la Vida Consagrada, Roma, noviembre 2004). Saldrá este artículo en un próximo número de la revista TESTIMONIO.

1. Reflexión Teológica

hombre y mujer y de todo en ellos, especialmente de los más empobrecidos, marginados, sobrantes y desechables.

Lo que espera el mundo de la Vida Religiosa es, como acaba de decir Benedicto XVI (evocando VC 19 y 22) *“prolongación de la presencia de Jesús” en el mundo. Espera de nuestra sobreabundancia de gratuidad y de amor son “razones para esperar”.*

En último término habrá que armar la vida desde otras claves, como el servicio, la capacidad de misericordia, la acogida del diverso, del diferente, el respeto y la tolerancia, etc. una persona capaz de proponer un modo de ser humano aprendido sobre el modelo de Jesús que se proyecta como una vida plena y gozosa. Se trata evidentemente de un modelo contracultural.

2. Valor de nuestra opción, pero ¿cómo vivirla?

A pesar de la debilidad de los que secundamos la llamada del Espíritu a seguir a Cristo a corazón pleno y a tiempo completo, a pleno riesgo y con mucho gozo, y las inevitables ineficiencias que, incluso, a veces, pueden ser ocasión de escándalo, éramos concientes en la Asamblea del valor de nuestra opción, avalado por el testimonio de hermanos y hermanas que nos miran sin prejuicios y agradecen nuestra opción por Jesús y su Reino que a muchos interpela y a otros, los anima a

seguir en fidelidad el seguimiento del Señor. Claro que todavía tiene más de proyecto que de historia. Ellos y ellas nos hablan de que la Iglesia y el mundo necesitan de la Vida Religiosa. Y ésa es también nuestra convicción, pero es necesaria hacer una nueva re-lectura de nuestro seguimiento incondicional de Jesucristo.

¿Cómo vivir nuestros votos hoy?¹⁰ ¿Cuál es nuestra oferta desde nuestro estilo de vida?

El mundo y la Iglesia necesitan personas célibes por el Reino y, sin embargo, *integradas, maduras, armoniosas, disponibles y gozosas* cuya relación no viene regulada por ningún miedo ni represión sino por la polarización efectiva en Alguien que tal vez no conocen, hombres y mujeres abiertos, con un trato sencillo pero sin prejuicios, cordial y sin apegos, respetuosos de la dignidad y la libertad humana y, a la vez, cálido y cercano (voto del celibato por el Reino).

El mundo y la Iglesia necesitan el *testimonio alegre* de una vida sencilla y modesta que se contenta con lo necesario, que es poco, y que deja lo superfluo, que es mucho, lo que suele sorprender y desconcertar en esta sociedad de un consumismo salvaje y tanta mentira y apariencia. Por lo demás, extraña un talante sin protagonismo y que se percibe, sobre todo, en un trato de igualdad, de escucha, de respeto a todos y todas y sin preferencias por los ricos, los que pueden, los que saben, los que deciden que trabajamos no por sueldo o por prestigio, sino por la promoción integral de la persona y en

¹⁰ Ver **ARREGUI, J.**, identidad consagrada en una sociedad laical. Cuaderno 29 de la col. Frontera, 2000; **ARNOLD S. P.**, El riesgo de Jesucristo. Una relectura de los votos. Ed. Paulinas. Colombia. 2003.

especial por aquellos, aquellas cuya dignidad está aplastada y encarnecida. Nuestra pobreza en clave de solidaridad y comunión, desde una vida modesta y sencilla que la haga creíble, es algo que desconcierta, sorprende y admira. Es evidente, por lo demás, que nuestra pobreza es comparación con la miseria del mundo más que llamativa se hace misteriosa para los que nos ven vivir de cerca (voto de pobreza).

El mundo y la Iglesia necesitan *una alternativa nueva de vivir la libertad* que no se confunda con el capricho, la anarquía o el libertinaje porque Dios no quiere esclavos sino hijos e hijas que buscan hacer en todo la voluntad del Padre. Es sincronizar con su querer y en vivir como hijos e hijas está nuestra felicidad (voto de obediencia).

Nuestro mundo, desgarrado por rivalidades y violencia de todo tipo y fragmentado por etnias, ideologías y religiones, y nuestra Iglesia, a veces, dividida por visiones tan distintas, necesitan un ambiente “ecológico” —que eso debería ser toda comunidad— donde se oxigene el alma y se vivan unas *relaciones humanizadoras: cálidas y abiertas, llenas de comprensión, de tolerancia amorosa, de acogida y de perdón*. Nuestro mundo intoxicado de egoísmo e insolidaridad necesita de comunidades donde se respire el aire puro de la amis-

tad, transparencia, lealtad y franqueza (vida comunitaria).

El mundo y la Iglesia necesitan ver a los religiosos y religiosas en la “línea de fuego”, en la primera fila de una lucha sin cuartel por la humanización de todos, es decir, por la solidaridad, la justicia y la reconciliación, y que están allí donde hay más riesgo que correr y más necesaria es su actitud profética (la misión).

3. No a la globalización “desde arriba” si a la globalización “desde abajo”¹¹

3.1. El fracaso de la civilización de la riqueza. Muchos excluidos del banquete y de la fiesta.

El mundo se nos va convirtiendo en una “aldea global” (Mc Luchan). Y en esta aldea todos vivimos interconectados (es la era de Internet). La globalización no es una simple categoría de moda. Es mucho más que eso: es un fenómeno de gran calado y con una infinidad de matices cambiantes según el contexto en que se emplee. Algo que implica y complica la tarea de discernimiento y que a todos nos afecta. Por eso unos se refieren a ella como un nuevo horizonte de futuro preñado de promesas. Otros la aceptan como un reto ineludible con el que hay

¹¹ Dentro de la Globalización. Hacia una comunión pluricéntrica e intercultural. Implicaciones eclesiológicas para el gobierno de nuestros Institutos. Comisión Teológica de la Unión de Superiores Mayores. Sirvió como guía a la Asamblea de la USG, en Nov. 2000. Publicado en Vida Religiosa. Marzo 2001, cuaderno 2/vol. 90. Número monográfico: “Vida Religiosa dentro de la Globalización”; PÉREZ CHARLÍN, J. M., El desafío de la globalización, en Vida Religiosa, enero 2001. Cuaderno 1/vol. 90.

1. Reflexión Teológica

que contar, pero cargado de peligros. Y otros la combaten con el signo inconfundible de un nuevo totalitarismo orquestado por el dios mercado. La globalización unifica y mundializa todo: cultura, economía, costumbres, comunicación, tiempo, pero discrimina y amenaza a personas y pueblos enteros.

La globalización económica se presenta como la *única alternativa posible* para crear un mundo paradisiaco, de bienestar para todos. Es una gran falacia. La dura y cruda realidad dice lo contrario, es decir, a “los señores de la globalización” no les conmueve el corazón —al menos, no lo demuestran— el ver las masas de empobrecidos, sobrantes y desechables, que genera el sistema neoliberal. Más aún la *globalización económica*, como está hoy planteada, no puede arreglar la desastrosa situación en que viven millones de seres humanos. El mismo Fondo Monetario Internacional lo ha dicho a través de su ex director, M. Carndessus: *“El mercado no es capaz de reconciliar lo económico con lo social porque el mercado no tiene horizonte social”*. Así de claro. Es verdad que el mercado, base de la globalización económica, produce riqueza, pero a qué costo y cómo se distribuye. Los hechos son incuestionables. *Y éste es el fracaso de la “civilización de la riqueza”: el no poder dar de comer al planeta ni hacer que las personas se sientan a gusto en esta tierra.*

El escándalo de la globalización económica es que sus mismos defensores admiten que hay países en los que sólo

podrán vivir el 40, 50 o 60% de la población. Es cínico, por decir lo menos, el querer justificar este escándalo diciendo que es mejor que viva el 40% de la población a que sólo subsista el 10% o el 20%. Es entonces justificable la reacción un tanto airada de Jon Sobrino, cuando afirma sin titubear que en el fondo la globalización es “un insulto a los pobres” ya que sólo busca “la globalización de la riqueza”, aunque se produzca una “globalización de la pobreza” en la que se encuentran 1.500 millones de personas que deben sobrevivir con un dólar diario. En el fondo, el problema estriba en saber quién es el que decide qué 40% de la población va a vivir y qué 40% va a Morir¹².

La globalización “desde arriba”, que dirigen y fomentan las grandes multinacionales y los gobiernos e instituciones internacionales al servicio de sus intereses es un atentado contra la miseria de muchos pobres cada vez más pobres y excluidos del banquete y de la fiesta. ¿Cómo no va a ser hiriente y descorazonador que las tres personas más ricas del mundo tengan una riqueza equivalente a la de 600 millones de habitantes de los países pobres?

3.2. Que las víctimas tengan vida y dignidad

Las críticas en avalancha que les caen encima a los defensores de esta globalización son durísimas y contundentes. ¿Cómo responder? Soplando sobre las ascuas mortecinas de tantos y tantas el deseo desordenado de poseer, alimentando la

¹² Cf. **NOGUEIRA BATISTA, P.** Un mito contemporáneo entre aspas. Folha de Sao Paulo, Cuaderno MAIS, 3 de marzo de 2002, p. 16.

avaricia, la ostentación, el consumismo y el ansia de ganar por encima de lo que sea a costa de quien sea. Hay que ser un miope para no ver la hiriente contradicción de esta justicia, que ni ellos mismos creen, con la actitud de muchas personas y rublos que consideran primordial lo comunitario, la moderación, la solidaridad y el compartir, la equidad y la austeridad.

Junto con esa falta de solidaridad que entraña la globalización, hay otra vertiente, que es como la otra cara de la moneda, y es el *afán de figurar y aparentar* que encandila al hombre y la mujer de hoy quizás más que en otras épocas. Los valores de la modestia y la humildad no se cotizan demasiado en la bolsa de un mundo como el nuestro autosuficiente y orgulloso, tan encandilado por el prestigio social y el poder. El vivir con sobriedad no se estila en un mundo atestado de propuestas consumistas¹³. La cultura de lo suficiente y la solidaridad no se traduce en hechos. La persona hoy se va aislando más del resto y repite, con frecuencia, con Caín: “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?” (Gn 4,9). El horizonte del ser humano hoy, educado en esta cultura de la “globalización desde arriba” es muy achatado y miope: no ve lo que pasa a su alrededor, encerrado y blindado en su propio egoísmo.

¿Que lejos estamos de esa “civilización de la pobreza”, en la que los pobres y las víctimas tengan vida y dignidad, palabra y nombre, ocupen el centro, y, de este modo, “el mundo de abajo pueda generar y ayudar a que demos pasos a la utopía!” (Jon Sobrino).

4. Frente a esto ¿cuál debe ser nuestro aporte? Opción por la justicia y solidaridad

Para los cristianos conscientes —y para la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe— esta realidad, excluyente constituye un desafío sin precedentes. ¿Cuál sería la postura de la Vida Religiosa frente al imperio neoliberal del mundo actual? ¿Cómo alentar la esperanza de los pobres cuando pareciera que hemos llegado al final de la historia?... ¿Cómo proseguir la misión de Jesús haciendo presente el Reino de Dios entre los pobres?

La Iglesia no puede aceptar esa globalización que discrimina, que se desentiende de los pobres y los convierte así en excluidos y sobrantes. En esta coyuntura histórica que atravesamos la *opción preferencial por los pobres* está llamada a ser la raíz y la fuente inspiradora de nuevas formas de compromiso, capaces de arti-

¹³ Véase el excelente artículo de **IZURQUIZA, D.**, El difícil arte... Vivir sobriamente combatiendo el consumismo: *Sal Terrae* 983 (1995) 717-741. “Una de las cuestiones recurrentes en la predicación de los profetas es la crítica a la idolatría (puede verse, p ej., Is 44, 6-20); y ya S. Pablo afirmaba que la codicia es una forma de idolatría (Col 3,5). Hoy podemos decir lo mismo del consumismo, es un modo de adorar vital y “culturalmente” ciertos objetos hechas de las propias manos humanas: con su becerro de oro (la televisión), sus templos (grandes almacenes), sus falsos oráculos (la publicidad), sus sacrificios (la cuesta de enero), sus fiestas (día de la madre, de los enamorados...), sus altavoces diseminados por la ciudad (vallas publicitarias...), su paraíso – tierra prometida (mostrado en las telenovelas)...

1. Reflexión Teológica

cular un *proyecto de justicia y solidaridad* que dé *nuevo rostro y nuevas manos* a la evangélica opción por los pobres y haga transparente la veracidad del seguimiento de Jesús.

Estamos viendo con asombro, no exento de perplejidad y de miedo, cómo la globalización económica avanza a un ritmo galopante, orquestada y empujada por un fenómeno avasallador de tecnología y comunicación masiva. No pocos creen que puede traer grandes beneficios, pero, al mismo tiempo, estamos viendo que la realidad, de hecho, es bien distinta porque lo que está ocasionando es injusticia a escala masiva: *exclusión y empobrecimiento* de grandes masas, *atropello de culturas* por esa modernización homogeneizante que destruye la identidad y los valores tradicionales de culturas distintas, etc.

Ante la injusticia, la exclusión, el empobrecimiento y el atropello de las culturas, la Iglesia no puede cruzarse de brazos. Hay que trabajar por construir un orden social basado en la solidaridad, donde todos puedan ocupar su puesto, al que tiene derecho como hijos e hijas de Dios. No basta compartir con los pobres, es necesario luchar por sus legítimas causas y su promoción integral. Es necesario erradicar la pobreza. No se trata, como algunos piensan, “la tortilla de la vuelta” sino que haya tortilla para todos.

4.1. “Otro mundo es posible” (Foro Social Mundial II)

Para llegar a vivir un estilo de vida marcado por la modestia y la sencillez hay que poner la solidaridad en el corazón de nuestra vida. La economía y la política

de la solidaridad y la sencillez, la educación en el compartir y vivir sobriamente son urgentes.

Nuestra *opción por la justicia y la solidaridad* nos tiene que hacer lúcidos e intrépidos. No está en nuestras manos cambiar con un golpe de timón esta situación que crea la “globalización desde arriba” que va sembrando exclusión, miseria y desesperanza en grandes masas de personas y de pueblos, ya que se presenta como camino único e indiscutible para el progreso de la humanidad. Sin embargo, algo se está moviendo. Muchos piensan que “un mundo distinto es posible y todos, todas estamos llamados a construirlo”. El “movimiento global contra la globalización” ha puesto al descubierto su vulnerabilidad.

Ante la globalización construida sobre cimientos de exclusión, empobrecimiento, de falta de respeto a la dignidad de la persona y de no reconocimiento y valoración de las diferentes etnias y culturas, se trata de buscar una sociedad alternativa que no excluya a nadie, donde quepan todos, todas y que se haga de la persona y, en concreto, del pobre y excluido el centro de la economía, la preocupación social y no se atropelle y se destruya ninguna etnia o cultura. Estamos ante el reto de emprender esfuerzos a todos los niveles para que la globalización esté marcada por la solidaridad, la equidad, la sustentabilidad, la inclusión. En esta nueva época del mundo queremos una globalización solidaria, respetuosa de los servicios de la justicia social, de la igualdad y de la soberanía de todos los pueblos. Es lo que se ha llamado la “globalización desde abajo”.

4.2. No al sentimiento de impotencia: “No hay nada que hacer”

En esta legítima lucha por la justicia y la promoción de todos los hermanos, hermanas, y especialmente de los más pobres y excluidos, todos los creyentes en Jesucristo y su proyecto de vida deberían estar en primera fila, como exigencia ineludible de su fe que los lleva a vivir la cultura de lo suficiente, compartirlo con los demás y rechazar todo ese menudo de lo superfluo, de la ostentación y del lujo. No deberán dejarse dominar por un sentimiento de impotencia (“no hay nada que hacer”) frente al poder del sistema neoliberal, orquestado por una propaganda machacona y mentirosa. Y esta resistencia habría que traducirla con creatividad, lucidez y coraje en metas posibles a corto y mediano plazo: Educar en una cultura de lo suficiente; enseñar valores de solidaridad y sencillez; formar líderes en las clases medias y en los medios populares que sepan defender sus derechos; defender las culturas autóctonas y la ecología y, optar por una presencia solidaria y transformadora entre los pobres y excluidos, etc.

5. La brecha que no se cierra

5.1. ¿Cuál será el prototipo de esta nueva “forma histórica” de Vida Religiosa?

No será posible *recrear una nueva forma histórica de Vida Religiosa si los religiosos y*

religiosas no vivimos disponibles para la misión, una misión, por supuesto, que tiene al Señor en su centro. El prototipo de este nuevo modelo de Vida Religiosa ya no será el convento sólido e inmenso, arraigado como una fortaleza fortificada, sino la tienda de campaña, el vaso frágil, la semilla que muere para dar vida. Por supuesto que la *misión* tiene que ser discernida desde nuestros propios carismas y desde los desafíos de hoy que golpean a la puerta de nuestros institutos. Los sordos a los llamados del Espíritu y los miedosos a las exigencias que entrañan no serán los albañiles de la revitalización, re-creación de Vida Religiosa. Esto puede suponer abrir obras nuevas, cerrar viejas que ya no dicen nada, reorientar otras, etc. Y todo por fidelidad al Espíritu.

Pero esta *misión*, que es hacia todos los hombres y mujeres, privilegia a algunos, algunas. Si la *opción por los oprimidos y marginados... por los pequeños y cuantos fueron considerados y tratados como los “últimos” de la sociedad*¹⁴ configuró la vida y la misión de Jesús (cfr. Lc 4,18), también debe configurar la de todos sus seguidores y seguidoras porque pertenece al corazón mismo del Evangelio y es una dimensión del Reino de Dios¹⁵. Esta llamada nos viene de Jesús y su Evangelio. La historia de esta opción se confunde con la historia de la Vida Religiosa. El Espíritu nos urge a vivir esta *opción preferencial por los pobres*¹⁶ en solidaridad y compromiso con la vida de esos *sobrantes y desechables* del

¹⁴ JUAN PABLO II: Esos son para él los pobres: VC 82.

¹⁵ JUAN PABLO II, en VC 82. Cfr. También LIBANIO, J. B., Missao da vida religiosa no momento actual, en Convergencia 251 (1992) 163.

¹⁶ GUERRERO, J. M., Hacia una nueva comprensión de la opción preferencial por los pobres, en TESTIMONIO 169 (1998) 12-19.

1. Reflexión Teológica

sistema neoliberal; nos exige el jugar nos por sus *derechos humanos* tan atropellados hoy, nos impulsa a ser signos de honestidad y verdad evangélica y a apoyar los proyectos de los desvalidos y marginados, pues a través de ellos el Espíritu crea en nosotros y nosotras *la profecía de Jesús*¹⁷.

5.2. La opción que configuró la vida y misión de Jesús

Y esta *opción preferencial por los pobres* se hace cada vez más urgente, porque la brecha entre ricos y pobres no sólo no se ha cerrado desde Puebla, sino que, al revés, se ha ido ensanchando y ahondando (cfr. DSD, 179). Una de las mayores injusticias del mundo contemporáneo, dijo Juan Pablo II consiste precisamente en esto: en que son relativamente *pocos los que poseen mucho, y muchos los que no poseen casi nada*¹⁸. El hecho es que hoy hay más pobres que hace 26 años —Puebla— y los pobres de hoy son más pobres que aquellos.

En la historia de la revelación de Dios y de la sanación de Israel hay una vertiente que se va agrandando cada vez con más fuerza: *Yahvé se revela poderoso en la flaqueza de los pobres*¹⁶ y *los excluidos*, de los que no tienen voz en la sociedad. Ese Dios que se hace defensor del pobre, del huérfano, del extranjero, de la viuda, de los esclavos (cfr. Ex 22, 20-26; Dt 15, 7-18; 14, 28-29, etc.) es el Dios vivo y verdadero, el que se va a revelar de manera escandalosa en la

historia de Jesús de Nazaret. Si esta opción configuró su vida y su misión, no puede menos de configurar la nuestra. Él quiso hacer de los pobres los privilegiados de la Buena Nueva y el criterio para discernir la presencia o ausencia del Reino. Si la praxis de Jesús es normativa para sus seguidores y seguidoras, entonces hay que reconocer que, sin la *opción preferencial por los pobres*, sin asumir su causa y comprometerse con su liberación, le faltará algo constitutivo a nuestra pretensión de ver seguidores de Jesús¹⁹.

5.3. La inserción como forma de vivir esta opción

Y una manera —no la única pero si la más privilegiada— de vivir esta opción es precisamente la *inserción*. Y el pobre más que un lugar geográfico o social es un “lugar teológico”. No olvidemos, sin embargo, que cambiar de lugar físico y social siempre ha sido uno de los modos más usados en la Vida Religiosa para rehacerse. Por eso las *fundaciones y refundaciones* han sido el resultado de una decidida vuelta a la pobreza evangélica. Nuestra pobreza evangélica (hecha de sencillez, modestia, solidaridad y alegría) no debería exigir muchas aclaraciones. ¿Se descubre fácilmente hoy en nuestro talante de vida y en nuestra misión? No es raro que nos falte mucha coherencia. Una cosa es nuestro discurso y otra nuestra vida. Me decía un laico lúcido y convencido: “Es hora de que hablemos menos y nos comprometamos”.

¹⁷ Ver mi artículo: Hacia una nueva comprensión de la opción preferencial por los pobres. TESTIMONIO 169 (1998) 12-19.

¹⁸ Sollicitado rei sociales, núm. 27.

¹⁹ FREITAS, C., de: ¿Todavía la opción por los pobres? Boletín CLAR 6 (1995) 7-14.

mos más. Somos muy charlatanes sobre la pobreza y la opción por los pobres pero poco testigos (y me refiero también y especialmente a los religiosos y religiosas que por su voto de pobreza deberían darnos ejemplo. Da la impresión que no creemos lo que decimos... o que somos unos incoherentes". Reconozco que son palabras duras que no conviene generalizar pero tampoco infravalorarlas.

Esto supuesto, *¿qué nuevas formas de expresión nos exige hoy la opción preferencial por los pobres?* Frente a este panorama, sin renunciar a las "líneas fuerzas" que impulsaron a los religiosos y religiosas hacia la periferia, el desierto y la frontera, hemos de acentuar otras: *el acompañamiento respetuoso y fraterno, la presencia silenciosa, cercana y esperanzada, la modestia, la paciencia, la solidaridad sin protagonismos en sus legítimas causas, la creatividad en el Espíritu*, que es fruto de la imaginación e intrepidez, y es motivada por el amor, capaz de discernir respuestas nuevas a nuevas situaciones históricas.

5.4. ¿Dónde están nuestras prioridades?

Esta es la pregunta clave. ¿Estamos de parte de los excluidos o de los que excluyen? Los niños y niñas de la calle que vagabundean por las calles sin rumbo y sin esperanza, los que vuelven a casa todos los días con la alforja vacía a pesar de querer trabajar y oyen el llanto de sus hijas e hijos hambrientos, los ancianos arrumbados y solos, los refugiados en la tierra extraña que arrastran su precariedad hasta límites increíbles, los sin

techos, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor... ¿nos descubren a su lado, nos sienten lejanos, enredados en una religión de muchos rezos y poco compromiso evangélico, o codeándonos con los grandes de este mundo? No actuó así el Maestro y, por lo tanto, no deben actuar así sus discípulos y discípulas. No olvidemos que los despreciados y pequeños de ahora serán nuestros futuros jueces (cfr. Mt 25, 31-46).

Querer refundar una Vida Religiosa en otra dirección, es entrar en callejón sin salida. Nunca se refunda un instituto desde la instalación y el acomodo. La historia, como dije más arriba, nos enseña exactamente lo contrario.

Por otro lado, todas las familias religiosas han nacido en la *frontera de alguna deshumanización*. Esa fue y es su verdad. Y lo seguirá siendo mientras se dejen recolocar por el Espíritu en ella, porque el "Dios siempre mayor" revela su grandeza precisamente en el apasionamiento por el "ser humano siempre menor"²⁰. Si allí nacieron, allí tendrán que volver a beber el agua de su propio pozo. Ese estar en la *frontera* signo de que el Espíritu guiador está en acción, será criterio de discernimiento para buscar lo que a Dios le agrada. Protegerse en la retaguardia, donde no se arriesga nada, ni hay nada que experimentar y cobijarse al resguardo del soplo del Espíritu es signo de decadencia y no de vitalidad sin la que la refundación es imposible.

²⁰ IGLESIAS, I., Servidora de la persona y dependiente del Espíritu. Vida Nueva 2016 (1995) 2-16.

6. La inculturación: Cada uno oía hablar “en su propia lengua” (Hch 2,6)

La Vida Religiosa nace en una coyuntura histórica determinada. Cada instituto es suscitado por el Espíritu frente a los desafíos de una realidad histórica concreta. Los Fundadores y Fundadoras, a pesar de la genialidad espiritual con que, por la fuerza del Espíritu sobrepasan su época, traen bien fuerte la impronta de su tiempo. Para la Vida Religiosa inculturarse significa hacer inteligibles y vivenciables en otros conceptos históricos y culturales las instituciones primigenias. Refundar el propio Instituto es el reto que se nos presenta a cada generación de religiosos y religiosas. Como la primera fundación fue bajo la acción del Espíritu, también la refundación inculturada deberá hacerlo²¹.

Estamos muy al comienzo de este proceso de inculturación de los carismas fundacionales que debe inspirar el estilo de formación, la experiencia comunitaria, los proyectos y las decisiones apostólicas... Es evidente que las grandes realidades y transformaciones socio-culturales — y las mismas culturas tan diferentes de las occidentales afecten la Vida Religiosa, la condicionen e indirectamente la configuren. Uno tiene la impresión que, a veces, no nos descodificamos lo suficiente de nuestros propios símbolos, categorías culturales, costumbres importadas, etc., para codificamos en los valores de otras culturas

donde tenemos que servir. Y esto se traduce en una descorazonante ineficacia pastoral.

Ni el Evangelio ni la Vida Religiosa se identifican con ninguna cultura, pero no pueden existir sino *inculturados*. Encarnar el Evangelio en cada una de las culturas de nuestros pueblos es imperativo del seguimiento de Jesucristo. Jesús asumió todo lo humano. Menos el pecado, en la *cultura de su pueblo* para realizar la misión del Padre. Sus discípulos y discípulas no podemos hacer otra cosa. El es nuestra *inspiración, muestra fuerza, nuestro camino*.

En efecto en el Documento de Santo Domingo (DSD, 230) se sugiere considerar la inculturación “a la luz de los tres grandes misterios de la salvación: la *Natividad*, que muestra el camino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado (la Encarnación puede ser expresada en *un triple movimiento de cercanía a la solidaridad hasta llegar a la identificación*), la Pascua, que conduce a través del *sufrimiento a la purificación* (la inculturación es juicio y salvación tanto para los que se inculturán como para la cultura que los recibe) y *Pentecostés*, que por la fuerza del Espíritu *posibilita* a todos y todas entender, en su *propia lengua las maravillas de Dios*” (DSD 230a)²².

Mi convicción profunda es que sin inculturación no es posible llegar al corazón de la persona que habla otra “lengua”, se expresa en otros símbolos y usa otras

²¹ Quizás el autor que más agudamente ha escrito sobre esto ha sido **F. TABORDA**. Tengo presente al escribir esto una hermosa conferencia que compartió con los teólogos asesores de la CLAR: La inculturación y la Vida Religiosa “la conservo todavía mimeografiada”.

²² Lo que va entre paréntesis es mío y no del Documento.

categorías culturales. ¿Cómo podremos recrear una Vida Religiosa más significativa, capaz de contagiar y visibilizar los valores que ella entraña y de entusiasmar a los que nos rodean si falta este “pilar clave” de la inculturación?

La inculturación potenciará los valores de la cultura en que se anuncia el Evangelio y purificará los gérmenes de pecado que se dan en toda cultura.

La inculturación, por otro lado, no es algo que ha de ser creado en los “laboratorios” de una Curia Generalicia o en un Capítulo General. Es, por definición, particular y por eso tiene que partir desde abajo, de las bases de la Vida Religiosa, de aquellos y aquellas que están en contacto cotidiano con la cultura distinta de la tradición occidental que, en general, impregnó el Espíritu y la letra de nuestras Constituciones y tradiciones. La *experiencia es algo fundamental en la inculturación*. La experiencia se vive en lo concreto.

A lo largo de la historia, la Vida Religiosa ha sido pionera, sus esfuerzos de inculturación no siempre fueron comprendidos ni alentados por las autoridades de la Iglesia. Un ejemplo impactante fue el jesuita P. Nobili, allá por los comienzos del siglo XVII, que se hizo *saniassi* (hombres dedicados a las cosas de Dios) en la India —siendo un doble italiano— y se vistió con una ropa color ocre-rojo, un signo triangular de sándalo sobre su frente, y altas sandalias de madera en sus pies y se confinó en una húmeda y calurosa cabaña, comiendo solamente hierbas, arroz y frutas. Aprendió el sánscrito para dominar los Vedas. Y todo para hablar a los indios de Jesucristo y su Iglesia en “su lengua”.

Fue un hombre *inculturado* hasta la médula y una profecía estimulante para tantos y tantos que lo siguieron, a pesar del rechazo de la Iglesia durante siglos. Hoy, en cambio, admiramos su visión profética, su audacia y sacrificios para llevarla a cabo. Y los frutos fueron muy abundantes.

La inculturación es un llamado de Dios a asimilarnos al misterio de Cristo, a que aceptemos experimentar ese misterio en nuestra propia carne. Poco se puede escribir hoy sobre ella. La Iglesia y la Vida Religiosa apenas se inician en ese camino.

Y no olvidemos, para terminar, que la inculturación es fruto de *mucha contemplación, de exigente desprendimiento y de amor muy grande a la gente*.

7. Una parábola viviente de comunión y fraternidad apostólica

Allá por el año 1993 hizo furor la película, que está ambientada en la jungla donde los dinosaurios y los seres humanos compiten por la supervivencia. Domina la ley de la selva: triunfan los más fuertes. En este mundo de violencia sin límites, los dinosaurios devoran a los demás seres, incluidos los humanos, y estos a su vez matan a los dinosaurios.

Quizás es ésta una de las imágenes más brutalmente expresivas de nuestro mundo gobernado por la *violencia*: la violencia genocida como la Bosnia—Herzegovina y la de los Grandes Lagos, etc., en estos últimos tiempos, la violencia de las calles de Chicago y tantas otras ciudades, la violencia xenófoba contra los emigrantes

1. Reflexión Teológica

que buscan la supervivencia aun a riesgo de perder su vida, la violencia familiar (de maridos que maltratan a sus mujeres, y ambos gritan, se insultan y atemorizan a los hijos e hijas...), violencia ecológica que destroza nuestros bosques y contamina las aguas cristalinas de nuestros ríos, sembrando a su paso la muerte de la flora y fauna.

¿No están llamados los religiosos a ser *hombres y mujeres de paz y comunión* desde sus comunidades fraternas donde se acoge al otro, al diferente, se lo valora, se lo apoya, se lo defiende, se pone uno siempre de parte del más débil, del que más lo necesita porque el mundo no es una jungla sino un hogar?

En una sociedad a la que precisamente la injusticia desune y rompe nuestra convivencia humana y que se está convirtiendo en una especie de jaula, cada vez más pequeña, de bestezuelas que luchan por apropiarse lo mejor que pueden todo el pequeño botín, ¿no será profético el compartir en solidaridad y comunión lo que somos y tenemos sin discriminar a nadie?

Frente a un mundo desgarrado y agresivo, cada vez más fragmentado por etnias, ideologías y religiones, a pesar de la globalización que se proclama a gritos por todas partes, un mundo al que se le han muerto las ilusiones de fraternidad afectiva y efectiva y es incapaz de soñar uto-

pías, ¿no serían los religiosos y religiosas como un aguijón inquietante hacia un futuro más solidario y fraterno por ser hombres y mujeres de reconciliación, creadores de solidaridad, despertadores de esperanza? Una Vida Religiosa fraterna vivida en la radicalidad es una crítica a la sociedad agresiva, individualista y ambiciosa que margina a las grandes masas de desposeídos y una invitación profética a la justicia y a la reconciliación. Estamos llamados a ser “*expertos en comunión*”²³, *una memoria provocativa de fraternidad*.

7.1. Sed de vida comunitaria

En el reciente Congreso Internacional de Roma los jóvenes, religiosos y religiosas invitados expresaron en sus tres breves intervenciones que tienen sed de *una vida comunitaria* como expresión y como lugar de intercambio y de relaciones profundas. Uno de ellos me comentaba un tanto decepcionado que están “hartos de vida común pero hambrientos de vida comunitaria”. No acaban de entender estos jóvenes como se puede vivir en una comunidad como en un hotel. Pero estamos, ellos y nosotros, cada vez más convencidos que una comunidad es “mucho más que compartir un mismo techo, una misma mesa y un mismo reglamento...no somos voluntarios de una organización multinacional ni huéspedes mas o menos contribuyentes de una casa” (Peter Hans Kolvenbach).

²³ “Expertos en comunión, los religiosos están llamados a ser en la comunidad eclesial y en el mundo testigos y artífices del aquel proyecto de comunión que está en el vértice de la historia del hombre según Dios”. JUAN PABLO II, en el Congreso Internacional sobre la Vida Consagrada, USG 22-27 de noviembre.

Convertir nuestras comunidades en un hotel, *vivir solos a pesar de estar juntos*, no compartir nuestra fe ni nuestra razón de ser y trabajar, lo que pensamos, lo que sentimos y proyectamos, es simplemente un sin sentido y una frustración. Estas comunidades no encantan a los de dentro y escandalizan a los de afuera. ¿Por qué hay tantos religiosos y religiosas que *a pesar de estar juntos viven solos*? No es raro que se cuele por nuestras casas el mal humor, cierto afán de protagonismo, competencias y envidias larvadas o manifiestas, un individualismo invasor, egoísmos a veces camuflados que revelan que nos interesa más nuestra *propia realización* que la entrega a los demás [como si eso fuera posible!].

Hambreemos comunidades que sean como esos espacios verdes en las ciudades donde se respira aire de Dios y de la humanidad, lugares de encuentro y de amistad, de acogida y de apoyo, de perdón, de serenidad y de fiesta. Necesitamos comunidades que sean, al mismo tiempo, espacios donde se respire franqueza, lealtad, transparencia, ayuda fraterna, comprensión y alegría. Añoramos comunidades cálidas y acogedoras con mucho sabor a *hogar*. Y la palabra hogar evoca rápidamente un clima de familiar naturalidad donde reinan la confianza, la comunicación, la libertad interior, la intimidad y el compartir gozoso. El *hogar*, a diferencia de un nido portentoso y egoísta,

proyecta hacia fuera y comparte con otras personas lo mejor que se vive en su interior. Necesitamos el *hogar* para crecer vitalmente, para realizarnos como personas, para ser felices. Nuestras comunidades nos tienen que hacer más gozar que sufrir. Mi convicción profunda es que si la Vida Religiosa tiene hoy una oportunidad y un papel que desempeñar es el de crear en todas partes, suscitar, animar y sostener *hogares de vida auténticamente fraterna que irradian a los demás amistad, estímulo, apoyo y reconciliación*²⁴.

Da pena ver a tantas multitudes de gente solidaria, presas de sus ocupaciones y agobios, lo cual hace que vivan cerradas sobre sí mismas. “En este tiempo se multiplican las personas que viven cada vez más de relaciones puramente virtuales, y aparecen como naufragos del espíritu a la deriva, sobre balsas *online*. Desde algunos aspectos es como si se dieran una nueva identidad fluida, intercambiable, a puzzle. De hecho están como en un laberinto, sin metas ni salidas, donde perderse es lo mismo que encontrarse. Al mismo tiempo que *metanetwork* conecta a todos y a todo, la vida ya no tiene secretos, es la muerte de la intimidad y la ternura, de los secretos y de la libertad”²⁵.

El P. General de los Jesuitas ha insistido —y con mucha razón— en esa profecía viviente de fraternidad que debe ser toda comunidad religiosa:

²⁴ Ver mis trabajos: El encanto de la Vida Religiosa, Folletos CON EL, n° 252 y los anteriores: La utopía de la comunidad religiosa. Folleto CON EL, 92; La Vida Religiosa en una Iglesia de comunión, Folleto CON EL, 147; La comunión religiosa: don y signo para nuestro tiempo, Folleto CON EL, 157.

²⁵ **SECONDINI, B.; y PAPA, D.** Del pozo... a la posada, Conferencia en el Congreso Internacional de Roma.

1. Reflexión Teológica

“En un mundo sediento de unidad y sin embargo desplazado por el odio y el asesinato, la división y la violencia, la comunión parece lejana y humanamente hablando, no más que un bello sueño. De ahí que la vida comunitaria resulte testimonio de una comunión posible en Cristo; imposible de alcanzar, con las fuerzas humanas...”.

Pero ¿por qué se exige a una comunidad para que proyecte hacia fuera el encanto de vivir unidos en la diversidad, creando espacios cálidos, abiertos y alegres para nosotros y los demás?

7.2. ¿Vida en común o comunidad de vida?

Soplan vientos de modernidad y postmodernidad. ¿Qué significa esto? Que cobra un relieve inusitado y un valor primordial la *subjetividad, la valoración de la persona, la igualdad entre todos, la participación y la corresponsabilidad, el diálogo y la gratitud*. Y esto exige ir pasando de una vida común a una comunidad de vida. La *vida en común* crea una comunión frágil y superficial que se logra a base de actos comunes que están establecidos institucionalmente y que se cumplen al pie de la letra. La *comunidad de vida*, en cambio, es rica en relaciones personales en acogida, en respeto y valoración por el otro, el diferente, es una vida en diálogo y discernimiento, en libertad responsable, en preocupación por el otro. El núcleo articulador de todo es la amistad auténtica y madura entre los miembros. Hay que insistir menos en la presencia física —siempre deseada y gozada por los amigos de verdad— y más en la compenetración de espíritu y la unión de corazones, que es lo que verdade-

ramente importa. Y no es raro que suceda que los que viven bajo el mismo techo y reglamento y se sientan a la misma mesa se encuentren a mil leguas de distancia sin saber qué piensa el otro, qué sueña y añora, qué siente, qué le hace gozar o sufrir. No es la cantidad de horas que pasamos juntos lo que crea la comunidad, sino la calidad de la presencia. No es para alarmarse el que alguien llegue tarde a Laúdes o Vísperas por razones justificadas, pero es para alarmarse y mucho el estar juntos y no saber de qué hablar, ni tener nada que compartir (experiencias, sueños y sentimientos...). Esa es una comunidad enferma y que no irradia simpatía y gozo sino desilusión y desencanto.

7.3. Madurez humana y espiritual de los religiosos y religiosas

Entrando a aterrizar las cosas en nuestra vida de religiosos y religiosas. Todo lo anterior supone un tema de calidad, de *madurez humana y espiritual* en los religiosos y religiosas. Hay que aprender a madurar muy hondamente las propias experiencias humanas. Encontrar la paz y la reconciliación consigo mismo; asumirse uno mismo tal como es, con serenidad y reconciliadamente; en el presente y en la propia historia. Una dimensión muy especial de una madurez personal tiene que ver con la madurez afectiva: capacidad de dar y recibir afecto (de amar), de apertura e intimidad, de gratuidad y generatividad, de actuar con otros, otras compartiendo el poder, de serenidad para enfrentar la vida, de dominio de las propias pulsiones corporales y de la propia sensualidad, configuración de la propia identidad sexual, de la plena integración de las dimensiones masculinas y femeninas en cada persona

(problemática de género), etc. Esto agudiza la conciencia de la propia pequeñez y debilidad; es un sabernos esencialmente frágiles (lo que puede llevar a sentimientos de frustración o a acrecentar la capacidad de compasión). Igualmente es indispensable madurar el propio camino espiritual. Encontrarse con el Dios creador que late en lo hondo de cada una y cada uno de nosotros, y que es en verdad nuestro único Señor (silencio, interioridad, despojo de lo superfluo...). Aprender a creer en el amor de Dios y a confiarse en él (es difícil, porque no conocemos la gratuidad plena y porque nos gusta “ganarnos” lo que necesitamos), a fin de poder ser gratuitos en la propia entrega. Aprender sabiduría espiritual de los propios caminos, de la propia oración, para poder acompañar a otros, para ser maestros y maestras. Aprender a dejarse envolver por la grandeza de Dios como alguien que está más allá de todas nuestras posibilidades de comprensión y manipulación; dejarse deslumbrar por el Señorío de Dios.

8. La intercongregacionalidad a todos los enriquece

Como Director del Centro de Estudios de la Conferencia de Religiosos de Chile, con más de 300 alumnos de 45 Congregaciones distintas (masculinas y femeninas), puedo dar testimonio que la **intercongregacionalidad** ha sido de una riqueza formativa invalorable. Los carismas no se han diluido sino que se han enriquecido porque los carismas no se dan en solitario sino en comunión y comple-

mentariedad. Muchos jóvenes han descubierto dimensiones insospechadas de la Vida Religiosa al compartir con compañeros y compañeras de otra Congregación. Permaneciendo siempre fieles a su propio carisma, dice Juan Pablo II, pero teniendo presente la amistad espiritual que frecuentemente han unido en la tierra diversos formadores y fundadoras, estas personas están llamadas a manifestar una fraternidad ejemplar. Que sirva de estímulo a los otros componentes eclesiales en el compromiso cotidiano de dar testimonio del Evangelio” (VC, 52).

Ya decía S. Bernardo:

“Yo admiro a todas (las órdenes religiosas). Pertenezco a una de ellas en la observancia, pero a todas en la caridad. Todos tenemos necesidad los unos de los otros (...) En este exilio la Iglesia está aún en camino y, si puedo decirlo así, es plural: una pluralidad múltiple y una unidad plural. Y todas nuestras diversidades, que manifiestan la riqueza de los dones de Dios, subsistirán en la única casa del Padre que contiene tantas mansiones”²⁶.

Pero no solo en la formación sino también en el ámbito de la misión se debería acrecentar la **intercongregacionalidad**. En efecto, hay tareas evangelizadoras de tal calado que convendría realizarlas entre varias Congregaciones, sumando carismas y metodologías. Es tal esfuerzo humano, los recursos, la preparación profesional que exigen que difícilmente podría realizarlas una sola Congregación. Piénsese, por ejemplo, en los Medios de Comunicación Social. Hay ya proyectos intercon-

²⁶ Apología a Guillermo del Saint Thierry, IV, 8: PL 182, 903-904 (Citado por Juan Pablo II, en VC, 52).

1. Reflexión Teológica

gregacionales realizados que son toda una lección de futuro. Nos necesitamos. Que cada uno y cada una aporte lo que le es más propio suyo al servicio de todos.

9. Los laicos y laicas: Compañeros y compañeras de misión

A lo largo de las últimas décadas hemos ido descubriendo que los religiosos y religiosas no monopolizamos nuestros propios carismas. Y hemos llegado a la conclusión de que “nuestro carisma puede ser compartido con los laicos y laicas” (VC, 54), es decir, que hay personas llamadas a vivir nuestros carismas pero *laicalmente*. Esto significa tenerlos como *compañeros y compañeras de misión y no como simples colaboradores*. Y esto nos exigirá una actitud de apertura, respeto y valoración, y dar los pasos necesarios para aceptar y agradecer su aporte desde lo propiamente laical.

Habrà que abrir espacios de *autonomía en comunión* para que puedan ser ellos mismos, no intentando falsas seguridades, ni escondiendo complejos de superioridad o manipulación. Reconocer la madurez de los laicos y laicas en hechos de participación, opinión y corresponsabilidad no es demagogia sino que es comunión.

Nuestra colaboración con los laicos y laicas será tanto más fructífera cuanto más se salvaguarde la propia identidad de los religiosos y los laicos (cfr. VC, 70). La relación mutua de complementariedad será más rica cuanto más y mejor sea el aporte de cada uno y cada una. Los religiosos y religiosas les recuerdan a los laicos “que este mundo puede ser transformado sólo desde el Espíritu

de las Bienaventuranzas” (LG, 31). Podemos aportar una *espiritualidad* propia que también cabe vivirla laicalmente. También hemos creado una serie de plataformas apostólicas, inspiradas en nuestra misión, que podemos ofrecer para que los laicos y laicas realicen su propia misión. Puede ser significativa para ellos y ellas nuestra *sabiduría acumulada*: espiritual, comunitaria, organizativa, etc., abriéndose así un amplio abanico de posibilidades de formación. Los laicos y laicas, por su parte, que no son cripto-religiosos, nos ayudan a los religiosos y religiosas en nuestro camino espiritual y pastoral desde “su dimensión secular de compromiso en lo temporal” (VC, 56). Los laicos y laicas aportan su visión madura y adulta de los problemas, de las coyunturas apostólicas, de las oportunidades para la misión. Y finalmente la misión de muchas Congregaciones depende, con frecuencia, de hecho de lograr la colaboración entusiasta de los laicos y laicas en la misma.

Es, además, evidente que hoy se tiene una mayor conciencia de la *dimensión laical* de muchos de los Institutos y que la Vida Religiosa del futuro estará más abierta al laicado, en general, en la línea de comunión y participación en cuanto a la espiritualidad, el trabajo y la comunidad de vida. Parece claro que cada día tiene más peso y protagonismo lo laical. Se trata de un auténtico rescate de la dimensión laical de muchas Congregaciones religiosas.

10. Actitud de diálogo ante un mundo cada vez más plural

En un mundo cada vez más plural, en el que conviven visiones muy diversas de

la realidad y del ser humano, se hace indispensable para el religioso y religiosa aprender una *actitud de diálogo* honesto con el que es diverso. Y para poder entrar en esta actitud hace falta al menos dos cosas: *una seguridad serena de las propias convicciones, del propio valer y del propio punto de vista*; y al mismo tiempo *una apertura respetuosa al que piensa distinto*, aprendiendo a valorar al otro, otra, a reconocer sus valores, pese a las diferencias con el propio modo de ver las cosas. Un diálogo marcado por la tolerancia, por la libertad del Espíritu que es capaz de buscar la integración de las personas en torno a los grandes valores y desafíos.

El diálogo, a todos los niveles y especialmente en *la dimensión interreligiosa, no es facultativo; es indispensable*. José Ma. Arnáiz, Secretario de la Unión de Superiores Mayores (USG), después de participar en la Asamblea anual del 2003 que se dedicó a este tema, llegó a la convicción que *“el religioso del siglo XXI o es interreligioso o no será religioso”*²⁷. El diálogo es una parte de nuestra vida. Juan Pablo II nos recordaba que *“por el diálogo hacemos a Dios presente en nosotros, nosotras; cuando nos abrimos al diálogo con los otros y otras, nos abrimos a Dios”* (Madrás, 5.2.1986).

Pero ¿qué es el *diálogo interreligioso*? John S. Dunne decía: *“el hombre santo de nuestro tiempo... no es una figura como Jesús o Mahoma, un hombre que podría fundar una religión mundial, sino una figura como Gandhi, una persona que por su talante comprensivo es capaz de pasar de su pro-*

pia religión a otras religiones y volver de nuevo a la suya con nuevas intuiciones”. El pasar a, y el volver a, escribe M. Thomas, constituye *“el núcleo de la aventura espiritual de nuestro tiempo”*. En ese *“pasar a”* y *“volver de”* el creyente se encuentra bien, se siente bien. Compasión, sentir con y por el otro, tender la mano, dar afecto, sanar...son componentes del verdadero diálogo interreligioso. Eso nos pide y eso nos da la participación en el mismo diálogo. ¿Cómo no vamos a ver con respeto y simpatía las otras tradiciones religiosas y desear iniciar con ellas un diálogo fraterno y sólido que ponga bases sólidas a una colaboración orientada a hacer un mundo más fraterno, más justo y más pacífico para todos y todas? El diálogo se ha convertido en este momento histórico en una prioridad para la vida cristiana y para acertar a focalizar adecuadamente la acción de la Vida Religiosa y su modo de proceder.

Me ha alegrado constatar que muchas de las pistas y sugerencias que he ido proponiendo en esta reflexión, las apuntaba la Secretaria General de la CLAR, Hermana Dina María Orellana, rm., en la síntesis: *“haciendo memoria”*, presentada recientemente en el Encuentro ampliado de teólogos Asesores. Refiriéndose al proyecto: *Por el Camino de Emaús* que se inició en la XIV Asamblea de la CLAR, celebrada en Caracas, en Junio del 2000, en que me tocó participar, dice:

“Si amar es cambiar, este cambio supone en primer lugar, inventar entre nosotros y nosotras una nueva mirada de misericordia que permita

²⁷ Ha expresado su convicción en un impactante folleto CON ÉL (246). A este excelente trabajo remito a mis lectores.

1. Reflexión Teológica

el renacer del Espíritu: ¿Qué más nos está pidiendo el Señor a la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe? ¿Cómo aprovechar mejor nuestra influencia social para la paz y la justicia? ¿Cómo estar más presentes en los distintos ámbitos de la cultura y la sociedad, allí donde se gestan los valores y es necesaria la presencia urgente del Evangelio?

Con alegría vislumbramos ya esperanzadores resultado de nuestro proceso. La experiencia de intercongregacionalidad, la toma de conciencia de que necesitamos una mayor cercanía a los laicos para participarles nuestros carismas y misión, una mejor percepción del mundo juvenil, unir más vivencialmente mística y compromiso histórico en la búsqueda del bien común, consolidar una nueva eclesialidad que facilite unas mejores relaciones eclesiales y una vivencia más evangélica de nuestros votos, son algunos de los frutos”.

II. Mi sueño de la vida religiosa

Sueño en una Vida Religiosa mística en la que los religiosos y religiosas se muevan con pasión, abiertos a la dinámica del Espíritu. Será una Vida Religiosa honradamente arraigada en el encuentro admirativo y entusiasta con Jesucristo y Jesucristo Encarnado que llama a seguirlo a pleno corazón, a tiempo completo y a pleno riesgo, convirtiendo a los llamados y llamadas, dentro de la fragilidad humana, en “memoria viviente del modo de existir y actuar de Jesús” (VC, 22). Sueño, por tanto, en una Vida Religiosa que se convierte en grito profético del Absoluto de Dios en un mundo donde se multiplican ídolos y la fe se diluye o se tergiversa.

Sueño en una Vida Religiosa que viva permanentemente bajo la acción del Espíritu y que sea dócil a ese Espíritu —siempre libre, sorprendente y, a veces, desconcertante—, y que ese mismo Espíritu lance a los religiosos y religiosas a aventuras increíbles, llenas de creatividad, y audacia, explorando caminos nuevos de Evangelio, buscando nuevas presencias, echando a andar no por caminos trillados sino por sendas inéditas que Él les sugiere y alienta. La pasividad, la instalación y el conformismo, por muy disfrazados que vengan de lógica y de prudencia, no son signos del Espíritu.

Sueño en una Vida Religiosa que, en las huellas de nuestros Fundadores y Fundadoras, sea capaz de captar las “deshumanizaciones” de nuestro tiempo, y capaz de ver donde muchos no ven nada nuevo ni original, empujándola hacia lo fronterizo, marginal, urgente, aquello de lo que ni la sociedad ni la Iglesia institución se ocupan.

Sueño en una Vida Religiosa profética que desde un amor irrestricto a Jesucristo y su Reino, que se convierte en pasión y *experiencia fundante* de vida, se siente urgida a *anunciar* la misericordia de nuestro Dios, la fraternidad y la reconciliación, la libertad y el servicio, la justicia y la solidaridad y *denunciar* la injusticia, la opresión, el orgullo, la apariencia y la ostentación de una sociedad insolidaria y a veces, cruel, es decir, sueño en una Vida Religiosa que revele el rostro materno de Dios: su acogida, su amor gratuito y providente y se convierta así en *memoria testimonial* de la ternura de Dios y de la fuerza de su Espíritu.

Por lo tanto, sueño en una Vida Religiosa samaritana en un mundo de gente tirada

por el camino, herida, medio muerta, violentada e insegura. Sueño en una Vida Religiosa volcada hacia la misión, que asuma su compromiso especialmente con los pobres y excluidos de este mundo y sus legítimas causas y lo exprese en clave de *presencia, inserción* (cambiar de “lugar físico y social” siempre ha sido uno de los modos usados por la Vida Religiosa para rehacerse), e *inculturación* que es encarnación en una cultura determinada y que es fruto de *mucha contemplación, de exigente desprendimiento y de un gran amor a la gente*. Solo así se convertirá en generadora de una cultura de vida y de la civilización del amor, testimoniando que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el Espíritu de las bienaventuranzas.

Sueño en una Vida Religiosa que se convierta en una *profecía interpelante de comunidad* para todos y todas, en medio de un mundo desgarrado por rivalidades y violencias de todo tipo y que sea como la matriz de la que nacen y llegar a plenitud hombres y mujeres liberados de sí mismo, de su cerrazón, de sus egoísmos, de sus desalientos, de todo lo que retiene al hombre y a la mujer en su esclavitud, unificados y serenos, gozosos en la espera del futuro, hermanos de todos los hombres y mujeres del mundo. A nuestro mundo le falta “alma”, es decir, espacios de encuentro y de acogida, de gratuidad y de fiesta, de un compartir sereno y gozoso... Nuestra sociedad necesita descubrir al otro como hermano y hermana. La comunidad religiosa es una memoria provocativa de este anhelo vital que anida en el corazón de toda persona, hecha para vivir con los otros y no al margen de los otros y mucho menos contra los otros. Por eso,

sueño en una Vida Religiosa sembradora de paz y despertadora de esperanza, en medio de un mundo plagado de minas de odio y de violencia, incluso de violencia “en nombre de Dios o de la religión”.

Sueño en una Vida Religiosa fermento, sin pena, descalza, minoritaria, impregnada de modestia, capaz de vivir y anunciar al Reino en la dispersión y la diáspora, como una minoría abrahámica. Mi sueño tiene mudo sabor a vida cotidiana, que se deja de palabras complejas y sabias y deja paso a la sencillez y modestia. Donde la pobreza no genera tantas discusiones sino que es una realidad de corazón que produce gozo. Donde la obediencia no se vive como lucha y resignación sino como una apasionada búsqueda, en diálogo y discernimiento, del querer de Dios, el señor de nuestra vida, donde en vez de hacernos un lío con el celibato por el Reino, confiarnos en que el Señor, que nos ha regalado ese don para la Iglesia y el mundo, nos ayuda a vivir con un corazón encarnado, gratuito, abierto a todos y desprendido y, por lo tanto, gozoso.

Sueño en una Vida Religiosa solidaria que se convierta en noticia viviente que cuestione, interpele y abra nuevos caminos para los que buscan con corazón sincero construir un mundo sin fronteras en justicia, solidaridad y reconciliación.

Sueño en una Vida Religiosa lúcida capaz de mirar lejos, para ver lo que los demás no ven y llena de imaginación y coraje, capaz de comprometerse en la búsqueda de formas alternativas de vida, de organización, de relaciones cálidas y humanizadoras, de participación y comunión mostrando una escala alternativa de valo-

1. Reflexión Teológica

res: verdad, justicia, austeridad, modestia, amor y reconciliación.

Sueño en una Vida Religiosa que, al estilo de nuestros Fundadores, ame con fidelidad creativa a la Iglesia y sea esencialmente pascual, es decir, *señal, símbolo, parábola y profecía del Reino*.

Conclusiones

Hemos llegado al término de esta ya larga pero inacabada reflexión. Con esperanza y entusiasmo emprendimos este trabajo, convencidos que podemos devolver a la Vida Religiosa su encanto y hacerla más significativa.

Hoy más que ayer necesitamos *despojarnos, crear y avanzar "ligeros de equipaje" hacia el futuro*:

DESPOJARNOS del *lastre* (llámense estructuras pesadas, tradiciones obsoletas, costumbres desfasadas...) que se ha ido acumulando a lo largo del tiempo y que impiden a los religiosos y religiosas caminar con garbo y con soltura como punta de lanza de un mundo peregrino que busca, sufre y clama.

CREAR *odres nuevos para vino nuevo*, es decir, descubrir respuestas nuevas frente a los desafíos nuevos que hoy se nos plantean y que vienen de los cambios sociales, económicos, políticos, culturales de los pueblos donde nos hemos encarnado. Esto nos va a exigir mucha creatividad y coraje para optar por estructuras capaces de vehicular vida y vida en abundancia, que nos lleven a expresar el encanto que produce el encontrarse con Dios cara a cara y con los hermanos y hermanas, acogéndolos como son, comprendiéndolos y sirviéndolos incondicional y gozosamente.

AVANZAR "LIGEROS EN EQUIPAJE" HACIA EL FUTURO, *siguiendo al Señor de la historia* y esto con el fuego de la pasión que nos quema por dentro, sabiendo que El puede hacer grandes cosas con los humildes de corazón y nos lanza hacia una Humanidad herida y esclavizada que nos pide "no pasemos de largo" frente, sobre todo, a aquellos que la injusticia de unos y la indiferencia de otros les han robado, despojado hasta su dignidad.

No será fácil estructurar la vida en estas claves pero es necesario. Y el Espíritu del Señor nos dará la fuerza para vivir este gran desafío.